BIBLIOTECA LIGERA
PARA USO DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

¡No, no prevalecerán!

Aprobado por la Autoridad eclesiástica.

SEGUNDA EDICION.

¡NO, NO PREVALECERÁN!

«Sí, Yo te lo digo; tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas ó poder del infierno no prevalacerán contra ella.»

Hé aquí la palabra formal, solemne, decisiva con que inauguró Cristo Dios mil ochocientos años atrás su Iglesia. Examinémosla con alguna atencion. Tan conocidas como son de los católicos todos, tengo para mí que son todavía pocos los que se han fijado en la verdadera importancia de su significacion.

Atiéndese de ordinario únicamente á la promesa de la perpetuidad y de

las victorias de la Iglesia y del Pontificado, sin tomar en cuenta que antes que victorias se han pronosticado batallas; antes que triunfo, persecucion. Sólo así se comprende que muchas almas débiles anden á todas horas como escandalizadas y vacilantes ante el espectáculo de la guerra que de todas partes levanta el infierno contra la verdad. Paréceme que se peca aquí por poca fe ó por ligereza indisculpable. No se ha prometido al Catolicismo la tranquilidad que muchos se figuran, no el esplendor de una preponderancia por nadie combatida. No; precisamente en las mismas palabras que hemos citado, al asegurarse la inmovilidad eterna de la verdad, se consigna muy claramente que el infierno ha de luchar contra ella con desesperados esfuerzos. Así, pues, la Iglesia no fuera la verdad y el bien, si no tuviera contra sí la

conjuracion permanente de todas las pasiones y de todos los errores, es decir, de la mentira y del mal.

La historia de las luchas de la verdad ofrece siempre una observacion que los hechos contemporáneos han acabado de poner de relieve. Notadlo. La Revolucion es enemiga de todo culto religioso. Es atea en el sentido más exacto de la palabra. Ante su filosofía son igualmente absurdos el culto verdadero de Jesucristo y el falso de Mahoma, el Evangelio rectamente interpretado segun la Iglesia, ó el Evangelio segun los caprichos del libre exámen. A todos hace gala de escupir con igual desprecio. Sin embargo, todo el mundo puede observar que su conducta es muy otra. Hace gala de despreciar á todos los cultos, pero no persigue sino al católico. ¡Ni una palabra de ira que deshonre á los ministros protestantes

en estas obras y peroratas en que rebosa la ferocidad contra el sacerdote de la Iglesia romana! De suerte que los que en teoría son enemigos jurados de toda religion positiva, en la práctica no son enemigos más que del Catolicismo.

Cuando los horribles sucesos de la *Commune*, una dama protestante se manifestaba triste de que ninguno de los pastores de su secta hubiese merecido ser víctima de la fiereza de los demagogos. ¡Ah! ¿Sabeis qué es esto? Es el signo de la verdad manifestado por el privilegio de la persecucion. Cuando se dice en alta voz: ¡Guerra á toda religion positiva! se repite en voz baja: ¡Guerra sólo al Catolicismo, porque esta es la única religion positiva! Cuando se declama contra la influencia religiosa, no se alarmen los protestantes, los mahometanos y los budhis-

tas; los declamadores saben de sobra que no hay otra influencia religiosa más que la influencia católica. Hasta el lema feroz de ¡Guerra á Dios! que con escándalo del mismo infierno ha resonado alguna vez en nuestra patria, entendedlo bien, incautos, no costará ni un minuto de zozobra á los que no adoren á Dios en el seno de la comunion católica, apostólica, romana. Sólo nosotros somos los comprendidos en este satánico ultraje, porque la impiedad sabe muy bien que sólo guerreando contra Cristo y su Iglesia se guerrea contra Dios. Por esto caen nuestros templos y no los de nuestros enemigos, por esto son inmolados nuestros sacerdotes y no los discípulos de Lutero, por esto es objeto de saña universal el Papado y no lo es el jefe de la comunion rusa ó anglicana, á pesar de que pretenden tener análoga auto-

ridad espiritual. En nosotros reconocen Satanás y la Revolucion á su eterno enemigo; en los demás, llámense como se llamen, no ven más que objetos de desprecio, ó á lo más aliados dignos de alguna consideracion por los servicios que pueden prestarles contra el verdadero enemigo comun y formal, que somos nosotros. Repitámoslo otra vez; el odio de los perversos y de los corrompidos en nadie se ceba sino en nosotros; el diablo, que es malvado, pero que no es necio, sabe bien cuáles son sus enemigos de burlas y cuáles sus enemigos de veras. Por esto sus secuaces nos tratan como se trata á los enemigos formales, con persecucion verdaderamente formal.

¡Ah! ¡Cómo ensanchan el corazon y lo levantan estas consideraciones! La sociedad pagana todo lo toleraba en su seno; dioses absurdos, emperadores

monstruos, poderosos envilecidos, ricos opresores, masas abyectas y desgraciadas; en medio de aquel vasto lodazal sólo una cosa ofendia á sus ojos, sólo un poder no tenia derecho á ser tolerado; era el poder de la verdad. Por esto Neron era adorado como semidios en el Capitolio, y Pedro era ajusticiado como criminal en la cárcel Mamertina. Hoy, con estar tan distantes de aquellos tiempos, los nuestros empiezan á presentar no obstante con ellos espantosas analogías. El mundo actual es indulgente, tolerante con todo error; profesa el principio de que han de ser respetados todos los derechos hasta el derecho al mal; y el derecho al mal obtiene en efecto ese horrible respeto. Sólo una cosa es objeto de las desconfianzas y prevenciones de los Gobiernos, de las trabas de la legislacion, de los renco-

res de los clubs, de las asechanzas de la diplomacia; sólo con una cosa no se puede ser tolerante ni condescendiente; esta cosa atroz, pavorosa, es la influencia reaccionaria, el monstruo del poder clerical, Roma, la teocracia, el jesuitismo, diversos apodos oscuros de una cosa que tiene su apellido claro como el sol: la Iglesia católica. ¡Animo! No os espanteis: esto nos honra: es el signo de la verdad, su privilegio inalienable que no la permitirá jamás confundirse con las falsificaciones. El privilegio de la persecucion: *Signum cui contradicetur.*

Quien se sintiere desalentado ante el inmenso combate con que de todas partes se nos abruma, alce los ojos al cielo y recuerde estas eternas palabras que nunca serán desmentidas. Dios parece haberlas dejado como en testamento á su Iglesia, y la historia se ha encargado de ponerlas en eviden-

cia: *Non prævalebunt!* ¡Nada podrán! Contra esta *piedra* colocada por Cristo Dios, ha martillado constantemente el infierno. Siempre ha saltado á pedazos el martillo sin lograr arrancar de su inmortal asiento á la *piedra* inconmovible, antes proporcionándole con su eterno odio la señal más acabada de su divinidad. La Iglesia es, pues, obra de Dios, Ella es quien lo dice, y el infierno es quien lo prueba. ¡Martillad, martillad aquí con afan incansable, desventurados pigmeos de nuestro siglo! ¡Mirad como nos reimos de vuestros insensatos esfuerzos!

—Pero... señor (salta aquí un lector impaciente), ¡se hace tan largo de esperar ese triunfo de la Iglesia! ¿Quién lo verá? Entre persecuciones hemos nacido: ¿será cosa ya de perder toda esperanza de que gocemos antes de morir la suspirada paz? Tales quejas

y exclamaciones las he oido mil veces de algunos de vosotros, queridos lectores, y me he consolado con ellas, admirándolas como testimonio de vuestra fe y de vuestros ardorosos deseos. Las he oido mil veces y más y más enérgicas, á medida que arreciaba más y más cada dia la tempestad revolucionaria; pero, perdonadme que os lo diga, si en vuestros labios me han parecido testimonios de fe y de viva esperanza, en ciertos otros me han parecido signos visibles de duda ó de desaliento. Si á vosotros os admiré, á los últimos les he compadecido. Realmente es excusable, hasta cierto punto, el decaimiento de algunos corazones. ¡Es tan amarga la tribulacion! ¡Es tan cruel el combate! ¡Son tantas las fuerzas del mal! ¡Es tan cerrada la noche que nos envuelve! ¡Tarda tanto, tanto, tanto en clarear por un punto ú otro la suspirada aurora!

¿Queréis que de nuevo os prometa el triunfo de la verdad y la derrota de sus enemigos? Ociosa repeticion, cuando teneis la palabra del Salvador que os ha dicho clara y terminantemente: *Estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos. En el mundo tendréis persecucion, pero confiad, Yo he vencido al mundo.* ¿Creeis la palabra del Evangelio? ¿Sois cristianos? ¿Vale algo para vosotros la autoridad de Cristo? ¿Creeis que puede volver atrás su palabra solemnemente empeñada? Nó, porque tambien escrito está y firmado por su mano: *Los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra no faltará.*

—Cierto. Estamos con vos, y ni un momento hemos dudado de la certeza infalible de tan augustas palabras. La historia nos lo ha confirmado mil veces. Sabemos que la vida de la Iglesia sobre el mundo es la vida de lucha. Ridículo seria prometer victorias si no

debiesen antes suponerse combates. Pero... al presente ¡es tan largo este combate! ¡tardan tanto estas victorias!—

—Vamos, amigo mio; voy á poneros el dedo en la llaga. ¿Con que, no es falta de fe ni esperanza lo que sentís, sino sobra de impaciencia? Muy natural lo encuentro: es fineza del amor el ser impaciente. Pero decidme. ¿Con qué medida medís vos los plazos que Dios señala para sus promesas? ¿Con la suya ó con la vuestra? ¿A qué llamais duracion y á qué tardanza?

Me explicaré. Se os hace tardío el triunfo de la Iglesia hoy combatida, ¿por qué? Porque medís la duracion de sus combates por la duracion de vuestra propia existencia. Un siglo de tribulacion para la Iglesia os parece interminable á vos, que no podeis prometeros veinte años de vida. Pero considerad que no habeis de reducir á es-

te punto de vista estrecho y mezquino la gran cuestion de que se trata. Recordad que la existencia prometida á la Iglesia se compone de largos siglos, como la vuestra de breves años, y que cien años de lucha para ella ocuparán apenas un capítulo de su gloriosa historia. Recordad que mil ochocientos años antes de aparecer vos sobre este teatro de sus combates habia ella rendido ya á millares los enemigos, y que aún mucho tiempo despues de que hayais desaparecido vos, sin que nadie note vuestra ausencia, seguirá ella combatiendo y venciendo á nuevos adversarios. Reflexionad que la historia del mundo tiene ya muchas páginas escritas, sin las que quedan aún en blanco, y que en las innumerables páginas de este libro, vuestra existencia á duras penas llenará una línea, y ¿seréis tan vanidoso que querais que dentro de esta línea vuestra quepa el in-

menso drama que Dios ha destinado para llenar todos los tiempos? Parad mientes en lo que sois, ave de paso que no hace más que cruzar rápidamente el aire sin dejar huella en él; ¿y presumiréis de abarcar durante los momentos de vuestro vuelo fugaz los destinos de la obra de Dios, que no ha de desaparecer sino con el mundo y áun para sobrevivirle en el cielo? Si comparais con vuestra marcha, que es la de un torbellino precipitado, el paso majestuoso de la Iglesia, concibo que lo encontreis tardío. Comparad esta tardanza con la inmovilidad y fijeza de la eternidad de Dios, y os parecerá que vuela. ¿Sabeis por qué es paciente Dios? Porque es eterno. ¿Sabeis por qué sois vos impaciente? Porque sois fugaz. Nunca se le hace tarde á Él, que es dueño del tesoro de los siglos. Todo se os hace lento á vos, po-

bre criatura que no podeis contar con cinco minutos seguros.

Aplicad estas reflexiones: «¡Cuánto tarda el triunfo de la Iglesia! Diez, doce, veinte años há lo estamos esperando, y nunca... Dios se ha dormido. *Quare obdormis, Domine?* Otro año tal vez...» ¡Infeliz! ¿Es la eternidad de Dios, es la perpetuidad de su Iglesia quien ha de amoldarse á vuestras pequeñas ojeadas y á vuestros cortos plazos, ó sois vos quien debiérais engrandeceros, alentaros, extendiendo vuestras esperanzas por toda la anchura del horizonte que aquellos eternos objetos os ofrecen?

Si dispusiese Dios que tres ó cuatro generaciones de perseguidores sucediesen todavía á los actuales y azotasen todos con su látigo el rostro amado de nuestra Madre inmortal, ¿que seria todo esto para los grandiosos destinos de ella? Viviríais vos y tras vos

cuatro generaciones de hijos vuestros, devorando el ultraje de vuestra fe y luchando con sus enemigos, y moriríais despues, llorando por no haber podido ver la victoria; pero no por esto dejaria de seguir adelante la Iglesia con igual seguridad de conseguirla.

Escuchadme por última vez. La Iglesia atravesó á su entrada en el mundo un período de sangre que fué como el primer ensayo del infierno contra ella. Este período, á la distancia desde que lo miramos los cristianos de hoy, no nos parece más que un breve prólogo de cuanto debia suceder despues. ¿Y sabeis cuánto duró este prólogo sangriento que nos parece tan breve? Trescientos años dia por dia. ¿Y os parece largo el conflicto en que ha puesto á la Iglesia la moderna impiedad?

A. M. D. G.